Amenaza del materialismo moderno

Por Ralph M. Lewis, F.R.C.

Es el rápido progreso de la ciencia, por sí sólo, indicio seguro del avance de la humanidad? Tal vez la pregunta más directa y desafiante en este caso seria esta: ¿Es el curso de la vida humana un estado mental o una serie de realidades demostrables? La vida es una realidad en el sentido biológico. Estamos conscientes de nuestra existencia física. Percibimos nuestras cualidades orgánicas. Las funciones de nuestros miembros, y del cuerpo en general, tienen una objetividad que podemos discernir por medio de los órganos receptores. Con frecuencia, estos sentidos comprueban sus impresiones individuales y añaden realismo en esta forma a la experiencia que han tenido.

Por lo general, las cosas que vemos se pueden palpar, oler y gustar. Percibimos en derredor otras impresiones, a las cuales nuestros sentidos receptores otorgan tanta realidad como la que ellos nos proporcionan. No podemos negar tal verdad. Si nos apercibimos de ella, esta realidad nos invade. Como analogía diremos que no es posible dejar de experimentar imágenes visuales si tenemos ojos que están expuestos a la luz.

Del mismo modo, bajo condiciones favorables a los órganos correspondientes, podemos oír, gustar y oler. Se puede interrumpir la recepción de tales impresiones si, por ejemplo, tapamos nuestros ojos. Quedamos, pues, seguros de que hay otro medio o condición que excita el órgano del sentido, separadamente de éste.

Se hace referencia a tales verdades como al mundo de los hechos o mundo objetivo. Por objetivo queremos decir lo que parece tener una existencia que no es, completa o principalmente, producto de nuestros procesos mentales. Este mundo de los hechos o realidades es un mundo del que nos hacemos depender considerablemente.

Tal confianza emana de sus aparentes *relaciones* causales con nuestro ser. Comprendemos que nuestra existencia física constituye un efecto que sigue a ciertas causas originadas en el mundo de los hechos. Para mayor detalle diremos, como ejemplo, que experimentamos en nuestro cuerpo tanto los efectos benéficos como los perjudiciales causados por los cambios de temperatura.

Sabemos de muchas substancias, cuyas cualidades se perciben objetivamente, que tienen valor nutritivo para nosotros. También observamos la conexión causal de este mundo real con nuestros estados de ánimo, o sea, de dolor o placer. Por consiguiente, nos consideramos seres *reales* debido a que una gran parte de nosotros mismos la experimentamos en común con lo que llamamos realidad.

Sin embargo, no toda la experiencia humana es una realidad en los términos usados en la explicación anterior. Pensamos, y nuestros pensamientos están

compuestos de ideas. Pero no todas las ideas son engendradas por una experiencia objetiva inmediata. Por supuesto que no es posible tener un pensamiento virgen u original, es decir, uno cuyas impresiones no tengan conexión con el mundo de la realidad. Sin embargo, un pensamiento, una idea central, aunque se haya formado por previas impresiones sensoriales, puede asumir una *forma nueva,* distinta de cualquiera que hayamos percibido anteriormente.

El juego de la fantasía puede producir imágenes mentales que no son capaces de experimentar efectivamente los sentidos. La imaginación, disciplinada por la razón, puede de tal manera amplificar las ideas que se requieren muchos años de labor física y mental para que pueda realizarse objetivamente un nuevo orden. Por lo general, a estos últimos tipos de experiencia se les puede clasificar como *subjetivos.* Se les distingue con este nombre porque el principal motivo impulsor radica en la mente más bien que fuera de ella.

La línea divisoria entre estas dos clases de experiencias (el mundo de la verdad y el de la fantasía e imaginación) no siempre ha sido fácil de definir para el hombre, porque no siempre ha hecho el intento de separarlos. Se debe, principalmente, a la poca distinción ha hecho entre percepción y concepción. Lo que él vio, y las conclusiones que pudo formular, se consideraron una misma cosa, tomándose como realidad, es decir, como un hecho. Toda fantasía tiene su raíz en alguna experiencia objetiva anterior.

Generalmente, la fantasía emerge de algo que se percibe y no se comprende del todo, o que no halla confirmación en los demás sentidos. La fantasía que no concuerda con la razón, que disciplina la mente, a menudo da a la experiencia un significado que sólo se ajusta a la disposición de ánimo predominante. Ese estado puede seguir a una emoción, tal como, por ejemplo, el miedo o el éxtasis.

Consecuentemente, la imagen fantástica creada por tal disposición de ánimo se acepta como una verdad. Se le concibe tan real como la experiencia misma que la provocó. El mundo de hadas, demonios, dioses y seres mitológicos, llegó a ser tan real y verdadero para millones de mentes como los objetos más comunes de la experiencia diaria.

Realidad y ciencia

El advenimiento del materialismo a fines de la Edad Media fue el principio de la ciencia moderna. Se apartaron las abstracciones, opiniones y creencias del conocimiento del mundo de los fenómenos, o sea el conocimiento derivado de los sentidos. El monje Roger Bacon exhortó a los hombres a que olvidaran el conocimiento tradicional que no soportara las pruebas del empirismo. Que examinaran las cosas en sí mismas, fue la advertencia.

Había que extraer de ellas las cualidades perceptibles y que sólo esas representaran el conocimiento. Siglos más tarde, Sir Francis Bacon, filósofo inglés, Rosacruz y científico, animó a los hombres a recurrir al método inductivo para aproximarse al conocimiento. Augusto Comte, filósofo francés, un siglo más tarde expuso su teoría del *positivismo.*

Urgía a que se abandonara la especulación acerca de las causas fundamentales y la esencia de las cosas, lo cual tal vez nunca sería conocido por el hombre; abogó para que en vez de eso se averiguasen los fenómenos perceptibles, se analizara su naturaleza y fuera aceptado como realidad, como el único conocimiento verdadero, lo que se revela a los sentidos.

En estas doctrinas estaba la semilla fértil del *materialismo.* Para el hombre, la realidad se limitó a lo que podía percibir con sus sentidos receptores. Que estos sentidos se engañaban con frecuencia, siendo limitado su poder, quedó luego aceptado. Sin embargo, antes de que el hombre pudiera convertir lo *desconocido* en algo tangible, con cualidades inherentes a las facultades objetivas, fue necesario que considerara todo esto como carente de realidad. Lo real quedaba comprendido en el imperio del mundo objetivo.

Al principio, la ciencia se inclinó al punto de vista de que la interpretación dada a las impresiones de los sentidos era un cuadro de absoluta realidad, fuera de la mente. Tomemos como analogía el color, el cual no existe como tal en el objeto coloreado. No obstante, se sostuvo que el criterio sobre el conocimiento era la experiencia real de un fenómeno. Si bajo condiciones controladas, los hombres percibían un fenómeno en igual forma, sin variaciones, esto se aceptaba en consecuencia como la naturaleza real y verdadera. Constituía un conocimiento positivo, es decir, la realidad.

Las masas populares no estaban preparadas para rechazar las creencias tradicionales, venerables por su antigüedad, como tampoco tantas verdades que juzgaban evidentes. Muchas de estas creencias primitivas no tuvieron, primeramente, ni la confirmación ni la refutación de la ciencia. La técnica de la ciencia, por la cual se obtendrían grandes resultados, fue relativamente lenta en su desarrollo. Una vez que los métodos mostraban algún avance, la ciencia y el materialismo imponían la prueba del conocimiento.

En esencia, era así: aceptar la verdad de lo que podía percibirse, a lo cual confieren realidad los sentidos. Negar la verdad de tal saber equivalía a desacreditar los sentidos. Si ciertas experiencias se aceptan como realidades demostrables, entonces todo lo demás que se experimenta bajo circunstancias similares debe considerarse también como verdad.

Si, por ejemplo, niego como realidad aquello que la ciencia trae a mi atención visual, entonces también debo rechazar las experiencias visuales comunes como algo que tampoco tiene existencia. Bien claro le resultó al hombre ver que no podría desechar sus experiencias perceptibles sin disminuir la realidad de su propio ser. Como resultado, la verdad fue para la mayoría de los hombres un conocimiento empírico, basado en hechos. La abstracción y la opinión perdieron su mérito según fue estableciendo su criterio el materialismo creciente.

Un fuerte incentivo ofrecido por el materialismo era la ventaja, aparentemente práctica, de sus realidades. Lo que uno podía percibir objetivamente, o sea, ver o sentir su realidad con certeza, era una experiencia que generalmente podía ser confirmada por los demás. Había una aceptación social de

tales experiencias. Este acuerdo común en la mente de las masas, de que también otros experimentaran en igual forma, parecía añadir verdad a las percepciones individuales.

Daba unidad y hacia posible la cooperación. Podían pensar y actuar los hombres unánimemente si entre ellos existía el lazo de la experiencia común. La concepción, la abstracción, y aun la lógica, sufrieron declinación en su prestigio cuando no pudieron substanciarse en hechos, es decir, por la realidad objetiva. El entusiasmo que despertó este materialismo se debió principalmente a la extensión que de su propia realidad daba al sentido individual.

Las cosas demostrables, aquéllas que tienen una cualidad que puede percibirse objetivamente, añaden a la realización que de la propia entidad de éstas tiene el hombre. Se convierten en su propiedad, aumentándose a su naturaleza personal o material, y a los placeres de sus sentidos. Por ejemplo, le proveen una mayor longevidad, le hacen más fáciles sus labores y extienden sus poderes físicos al darle mayor dominio sobre otras "cosas" o realidades independientes de su propio ser.

Al transcurrir el tiempo se justificó más la posición del materialismo, a causa de su refutación de las supersticiones y el haber extirpado los temores de las masas. Algunas conclusiones de un pensador tan eminente y antiguo como Aristóteles, cuyos puntos de vista se consideraron autorizados durante varios siglos, fueron desaprobadas. Otros conceptos se desplomaron ante la embestida del análisis científico y el empirismo.

La tierra no es plana, como se creyó por mucho tiempo; la tierra no es el centro del universo; el sol no se mueve de este a Oeste a través del cielo; los dementes no están poseídos de los demonios; la creación no empezó el año 4,000 A.C. Se desacreditó con frecuencia la opinión individual haciéndola caer de su eminencia tradicional.

Tanto la fantasía como la especulación y la concepción mental son consideradas hoy (no sólo en los círculos científicos sino también por el público en general) como de escaso valor para la humanidad, a menos que puedan convertirse en hechos.

Necesidad de nueva libertad

La libertad de opinión y de creencias, tanto tiempo acariciada como un derecho humano, va siendo suplantada por la nueva doctrina de *libertad de investigación.* El ejercicio de la abstracción individual y de la libertad de consciencia están dando lugar, bajo el impacto de la demostrabilidad, al empirismo, la prueba de los sentidos y de los instrumentos que los aumentan.

Se considera que un pensamiento tiene poco valor si no va acompañado de un método o técnica que lo haga objetivo. Ciertamente no se considera como verdad, ni que tenga realidad alguna. Los hombres tienen libertad de investigar en el mundo de los detalles, nada más; en aquello que es perceptible. Son libres para mirar, gustar y oler, mas no para concebir fuera de estos límites si es que han de tener validez sus pensamientos, y que

puedan éstos recibir la dignidad de la aceptación en el mundo intelectual y académico.

La imaginación, antes ilimitada, ha de conformarse hoy a los requerimientos de la experiencia objetiva. Está firmemente atada a la manifestación de los hechos, a la realidad probada. A lo sumo se le permite la oportunidad de mezclar los elementos de la experiencia; de otro modo se consideran con desdén sus frutos, como *irrealidad.*

Al que piensa de manera abstracta se le hace sentir su pequeñez en el individualismo de sus conocimientos personales. La preponderancia de los hechos en las crecientes categorías de la ciencia hace que, cuando una idea original no está envuelta en la objetividad, parezca aislada e insignificante. Hoy en día el idealismo está en el punto crítico de supervivencia.

Continuamente se le pone a prueba de que sea apoyado por los hechos. Si no resiste el análisis, comprobándose que tiene substancia por medio de la experiencia demostrable, o no puede reducírsele a la realidad de la práctica objetiva, recibe poco o ningún respaldo del público. Cuando un individuo expresa un ideal no substanciado por la realidad, se le hace sentir que tales ideas le excluyen del círculo del racionalismo.

El incentivo para vivir, además del que provee una compulsión meramente biológica, es la representación mental e individual del curso de la vida. Esta visión personal ha consistido en que el hombre establece finalidades para el período de la existencia humana o, más bien, le asigna valores. Igual que para los antiguos sofistas, el hombre llegó a ser la medida de todas las cosas. Proporcionó la razón para su vida personal.

Concibió una misión ordenada por el Cósmico, o lo divino, para su intervalo consciente sobre la tierra. No podía probar por medio de realidades demostrables la mayoría de las razones que se procuró a sí mismo para desear vivir. Sus relaciones, bien con los dioses, con un dios, o con causas metafísicas o universales, eran completamente abstractas pero le satisfacían. Con el desarrollo del materialismo se ha visto obligado a probar su derecho a la libertad de consciencia, a retener sus creencias como verdad, o de otro modo a que se les considere carentes de fundamento y, a menudo, condenadas como fantasías inútiles.

El idealista está adquiriendo un sentido creciente de inferioridad. Siente cómo va en aumento la dependencia de todo su ser con las realidades de la existencia, es decir, sobre el dinámico impulso de las proclamadas leyes físicas de las ciencias. El hombre común de nuestros tiempos vacila en creer, en soñar o en aspirar, a *menos* que todo ello tenga al apoyo de una realidad material. A pesar de esto, es casi imposible que las leyes del mundo de los fenómenos, tal como se le revelan por las ciencias especializadas, le infundan confianza. Tienen menos realidad que sus propios conceptos, porque le resulta muy intrincada la técnica que encierran las revelaciones de la ciencia, siéndole difícil comprenderlas.

El pensador, el individuo contemplativo, no puede menos que darse cuenta de los vacíos que hay entre lo que se conoce como una realidad

demostrable, por un lado, y por el otro lo desconocido. Sus concepciones sobre lo que no se prueba aún como un hecho, con frecuencia entran en conflicto con las casi reverenciadas doctrinas prevalecientes del realismo. A pesar de todo, deriva una gran satisfacción de sus abstracciones, de sus concepciones idealistas que llenan un vacío en el molde de su existencia. ¿Deberá el hombre desechar todo lo que no puede apoyar con hechos cuando ni siquiera sabe cómo empezar a exteriorizarlo?

Supongamos que él concibe que hay una causa teológica para todos los seres, una mente divina o consciencia universal que está más allá del mundo de los fenómenos. Quizá este concepto de la dirección de la mente, de un determinismo, le satisface más que las nociones mecánicas de la ciencia moderna al explicar el universo, las que sólo en parte puede ésta substanciar. ¿Deberá entonces el individuo desechar sus creencias metafísicas por no estar fundamentadas en una realidad objetiva?

La mente humana se esfuerza por unificar sus experiencias. Lo misterioso y lo inexplicable exaspera; perturba la paz mental e inculca temor. El hombre se esfuerza en superar estas condiciones. Cuando el conocimiento objetivo no aparece a desvanecer sus dudas y a unir el mundo de los fenómenos en una pauta satisfactoria, el hombre *imagina* cosas y condiciones que substituyan el conocimiento incompleto. Estas abstracciones y fantasías, sin los cimientos de los hechos, se han convertido en el blanco del nuevo materialismo.

Se consideran fútiles y se sostiene que son obstáculo para el avance del conocimiento. Habría justificación para esta crítica de lo "irreal" si fuera posible que en el término de una vida humana el hombre conociera, dentro de la experiencia objetiva, todo lo que pudiera inquirir. Gran paciencia se requeriría en tal caso para esperar a que la ciencia y el análisis de los fenómenos descubrieran las respuestas a las preguntas que formula la mente del hombre contemplativo. No obstante, la finita inteligencia humana nunca podrá conocer la realidad absoluta y todas sus infinitas manifestaciones.

Análogamente, bien podemos seguir descubriendo cuerpos celestes, planetas remotos *ad infinitum,* sin que nunca lleguemos a conocerlos o a percibirlos todos. ¿Por qué no permitir entonces que el individuo, sin desmerecer en el concepto intelectual o social, conciba el universo como él lo siente? Tal concepción no necesita ser construida sólo por invenciones de la imaginación, sino también por aquellos hechos que están a su disposición.

Estos hechos o detalles conocidos son las realidades mundanas. No importa cuánto sobrepasaran los conceptos a los hechos, pues la *forma* que asumieran bajo la influencia de la abstracción constituiría entonces una verdadera *libertad intelectual.*

Una libre asociación de ideas en el idealismo, que convenza a la razón (o sea, que aparezca evidente al individuo) debería tener cabida en el pensamiento de cada uno. No debería, sin embargo, obstaculizar la aceptación de un conocimiento empírico de los hechos o realidades demostrables. Las

abstracciones y los conceptos deben dar paso, bajo condiciones especificas, al conocimiento que ofrece la experiencia.

No es que nuestras impresiones sensoriales o nuestras interpretaciones de ellas sean absolutas, pues a menudo el tiempo nos ha hecho cambiar tales puntos de vista. La cuestión es que somos, a la vez, un ser físico, una parte de la realidad que experimentamos objetivamente, como ya lo hemos notado.

Descartar nuestras percepciones seria como eliminarnos de la existencia material, como cesar de vivir. Además, como se ha declarado previamente, la experiencia objetiva tiene una más grande *universalidad* que la abstracción. Diremos, como analogía, que todos podemos tener diferente opinión respecto al origen del sol, pero todos lo *vemos* de uno modo suficientemente igual como para tener una parecida experiencia visual.

Nuestras concepciones racionales, aquellas que nos satisfacen, deberían expresarse. No deberíamos guardarlas, sino permitir que sean discutidas libremente. Si el conocimiento objetivo, lo que se llama verdad o hecho, puede refutar tales concepciones, deberíamos acatarlo y renunciar a nuestras ideas. Si no lo hacemos así estaremos violando el mundo de los fenómenos, al que nuestros sentidos han de ajustarse por estar así diseñados.

Por el contrario, si nuestras nociones no pueden rebatirse con hechos deberíamos tratar de objetivarías. Deberíamos tratar de extraer del mundo de la realidad aquellas experiencias que den a las nociones la esencia de la verdad objetiva, no sólo para nuestra mente sino para que puedan ser también percibidas y realizadas por los demás.

¡La verdad es aquello que es real! Un concepto que la experiencia objetiva no comprueba que es falso retiene su realidad en nuestra mente. Es entonces tan real para el individuo como lo que pueda haber experimentado objetivamente. No obstante, si cada individuo fuera a quedar conforme con sus propias verdades, para él evidentes, no habría unidad social. No habría lugar a la asociación de las mentes. Es por esto que debemos esforzarnos en objetivar nuestro mundo subjetivo, pero sin abandonar los conceptos que no puedan ser aún substanciados por hechos o refutados por éstos.